

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA, SAN SEBASTIÁN Y BILBAO**

## **CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
SAN SEBASTIÁN Y BILBAO**

**CUARESMA, 1975**

### **SUMARIO**

---

#### **INTRODUCCIÓN**

#### **PRIMERA PARTE:**

#### **ACTITUD ANTE LA RECONCILIACIÓN Y SENTIDO DE DIOS**

1. Actitud ante la reconciliación
2. Reconciliación y sentido de Dios
3. Ambigüedad de nuestro tiempo secular
4. Sentido del tiempo actual

#### **SEGUNDA PARTE:**

#### **NUESTRA CONVERSIÓN DE HOY A CRISTO RECONCILIADOR**

1. Jesús de Nazaret nos revela que Dios es Padre
2. Actuación reconciliadora de Cristo
3. Los seguidores de Cristo en la obra de la Reconciliación
4. La conversión y la fe como condiciones para el seguimiento de Cristo
5. Conversión y reconciliación en el mundo actual

#### **TERCERA PARTE:**

#### **LA OBRA DE LA RECONCILIACIÓN EN LA IGLESIA**

1. La Iglesia, Sacramento de reconciliación
2. Reconciliación humana, reconciliación cristiana

## INTRODUCCIÓN

Los casi 10 años transcurridos desde la terminación del Concilio Vaticano II, han ofrecido una oportunidad inigualable para la renovación cristiana y han puesto a prueba la docilidad al Espíritu del Señor y la capacidad para la verdadera reforma en nuestras Iglesias locales.

En este Año Santo universal de 1975, el Papa Pablo VI ha fijado la atención en una consigna precisa: “La reconciliación que, basada sobre la conversión a Dios y la renovación interior del hombre, logre sanar la ruptura y los desórdenes que hacen sufrir hoy día a la humanidad y a la misma comunidad eclesial” (Pablo VI, *Exhortación Apostólica sobre la Reconciliación en la Iglesia*, 8-12-74). Que la Iglesia sea en verdad el “mundo reconciliado” capaz de servir a la “reconciliación del mundo”<sup>1</sup>.

No nos faltan difíciles tareas de reconciliación tanto en el mundo que construimos como en el interior de la misma Iglesia. Nuestras diferencias quedan todavía más al descubierto en esta década de cambio acelerado en el orden cultural y social, cuando la distinta velocidad de las personas y grupos al recorrer su camino los separa y aleja cada vez más.

En esta circunstancia compleja, que exige creyentes fuertes y al mismo tiempo flexibles, capaces de progresiva conversión y madurez, hemos de situar en nuestras Diócesis la aplicación, a partir de esta Cuaresma, del nuevo Ritual del Sacramento de la Penitencia, con las varias formas de celebrar la Reconciliación cristiana. Quisiéramos que probarais y reconocierais la energía de gracia que en él se nos ofrece para profundizar en nuestra constante conversión a Dios, para animar nuestra esperanza de renovación y para progresar infatigables en los varios niveles de la reconciliación cristiana.

Todo ello nos impulsa a comunicaros estas nuestras reflexiones como Obispos de las Diócesis de Pamplona-Tudela, San Sebastián y Bilbao. Deseamos que nuestros sacerdotes y, en general, los educadores en la fe expongan su contenido, con las explicaciones convenientes, por los distintos cauces del ministerio de la palabra que están a su alcance.

Queda pendiente vuestra respuesta a la voz del Señor en este *hoy* que se prolonga y que exige mantener el temple primitivo de la fe, venciendo las tentaciones del cansancio o de la deserción en el seguimiento de Cristo (Hb 3,14).

---

<sup>1</sup> Exhortación Apostólica *Paterna cum benevolentia*, “Ecclesia” 1722 (1975), p. 7.

## Primera parte:

# ACTITUD ANTE LA RECONCILIACIÓN Y SENTIDO DE DIOS

### Actitud ante la reconciliación

La palabra insistente del Papa Pablo VI nos recuerda que la reconciliación tiene que llegar a todo grupo humano separado por alguna ruptura y que son muchos los frentes simultáneos en los que hay que ganar la victoria de la reconciliación: ante Dios, ante nuestra conciencia, ante los hombres, sean hermanos o enemigos. La acción se desarrolla en los planos amplios de la comunidad eclesial, la sociedad, la política, el ecumenismo, la paz...<sup>2</sup>.

La verdadera reconciliación se basa en el sólido fundamento de la justicia y del amor. Por eso ha de unir la condición de vida digna de un hombre, hijo de Dios, plenamente reconocido en sus derechos, con la actitud personal acogedora que abriga sentimientos de comprensión y de amor hacia los demás. No basta el barniz del pacifismo para cubrir los fallos objetivos de la justicia. Es difícil que quien no se siente movido por un afecto sincero, capaz de sacrificar los propios intereses y puntos de vista, llegue a reconocer los valores y las razones ajenas.

A lo largo del pasado año 1974 nos hemos dirigido a vosotros, unas veces nosotros solos, otras en compañía de nuestros hermanos Obispos de la Conferencia Episcopal. Nuestras llamadas a una plena reconciliación cristiana han pretendido siempre invitaros a elevar la mirada hacia Dios Padre, para lograr una coherencia personal en vuestra vocación humana y cristiana.

No hemos querido silenciar, cuando era necesario recordarlas, las exigencias cristianas ante los presentes problemas económicos y laborales, ante los conflictos familiares y generacionales, y ante el pluralismo de los grupos de la Iglesia. De un modo particular queremos recordaros explícitamente nuestra condena de “los extremismos que ejercitan la violencia aun verbal, y que coartan la esperanza de la convivencia en la libertad”<sup>3</sup>. Este sentido de reconciliación verdadera nos ha llevado a aplicar las enseñanzas de Juan XXIII en su Encíclica *Pacem in terris* al orden social y político, “al apoyar una evolución en profundidad de nuestras instituciones, a fin de que garanticen siempre eficazmente los derechos fundamentales de los ciudadanos” (ibid.)<sup>4</sup>.

¿Con qué actitud de espíritu han sido acogidas entre nosotros estas llamadas a la reconciliación? ¿Qué esfuerzos de aproximación, de cordialidad, de comprensión, de integración personal y de reencuentro con Dios hemos realiza-

---

<sup>2</sup> Audiencias del 21 de noviembre y del 9 de mayo de 1973, “Ecclesia” 1669 (1973), p. 5 y 1642 (1973), p. 5.

<sup>3</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Comunicado del 30 de noviembre de 1974, “Ecclesia” 1719 (1974), p. 32.

<sup>4</sup> Ibid.

do? Sólo Dios lo sabe, y Él juzga. Él conoce vuestra buena voluntad, el esfuerzo por adaptar vuestra visión de la vida a las nuevas exigencias que para el hombre y la sociedad tiene la existencia cristiana, tal como la presenta hoy el actual Magisterio de la Iglesia.

Permitidnos, sin embargo, que os acompañemos en vuestra reflexión. A todos se nos hace difícil adoptar un proyecto de reconciliación cuando choca con nuestros prejuicios o con nuestros intereses personales o de grupos. Es entonces cuando tiene decisiva importancia la actitud religiosa cristiana que hace posible el cambio interior, la conversión personal que incluye también la ofrenda de sí mismo a un Dios Padre, reconciliador de todos. Esta perspectiva cristiana contempla al hombre como familiar de un Dios que quiere con toda su voluntad la elevación de cada uno de sus hijos, de la comunidad humana y del mundo, al nivel de que son dignos. El creyente en camino de conversión se incorpora libremente, activamente y por amor a la gran obra de la reconciliación (2 Cor 5,18).

Nuestra común experiencia nos dice que hay actitudes y motivaciones religiosas diferentes. Vemos reacciones tan dispares, que muchas veces tenemos que preguntarnos: ¿A qué Dios queremos servir? ¿Qué lugar ocupan la conversión, la renovación, el cambio social y la reconciliación en nuestra mentalidad religiosa? ¿No se deberá en buena parte la lentitud al caminar o la frialdad para la reconciliación, más que a mala voluntad, a una deficiente concepción de la vida religiosa y de la fe cristiana, y a la imagen borrosa y lejana del Dios a quien servimos?

En estas diferentes actitudes religiosas –como sistemas permanentes que son de valores y afectos que se apoyan en unos conceptos y creencias– tienen su origen muchas de las diferencias visibles y las tensiones que afloran en el comportamiento externo.

## **Reconciliación y sentido de Dios**

Se dan entre nosotros distintas mentalidades religiosas. Nos referimos a lo religioso en sentido positivo y genuino. Una valiosa investigación de Sociología Religiosa, llevada a cabo en la Archidiócesis de Pamplona, puede ayudarnos en nuestra revisión de la mentalidad religiosa. Junto a un alto porcentaje de verdaderos creyentes (69,91%), se señala un número de no creyentes teóricos (3,54%) y prácticos (20,64%), que aumenta entre la juventud, sobre todo la más instruida. Sin duda, este número no es menor en nuestras diócesis de Bilbao y San Sebastián.

Esta realidad es una seria llamada a una evangelización plena que presente al Dios vivo y verdadero de los cristianos en un lenguaje realista e inteligible para el hombre de este mundo secular, máxime si tenemos en cuenta que la mayoría de estos increyentes acusan a los creyentes de una ruptura entre la justicia y la caridad, y son extraordinariamente sensibles a la defensa y promoción de los derechos humanos, hasta el punto de que muchos de ellos dediquen su vida a la reconciliación de la humanidad consigo misma.

Entre nosotros los creyentes cristianos, junto a una adhesión sincera, a veces incondicionada, a la Iglesia de Jesucristo y a su Jerarquía, puede subsistir una mentalidad religiosa capaz de traicionar las exigencias de la fe cristiana. Cuando subyace una mentalidad religiosa deformada, hay un gran peligro de manipular lo divino a voluntad, utilizando el nombre de Dios para solucionar los problemas propios. Quienes subrayan fuertemente el carácter individualista de la vida religiosa difícilmente aceptarán la promoción, desde el ámbito de la fe cristiana, de los valores comunitarios y de la renovación social. La manipulación, a veces inconsciente, de un determinado concepto de Dios, hace a veces difícil la conversión personal y la verdadera reconciliación.

La mentalidad religiosa cosmológica ve el mundo como penetrado de un Dios que lo libera de los males naturales que le acechan. No llega a reconocer plenamente a Dios como un ser personal. Lo sitúa, inconsciente y prácticamente, en el panteón de los santos, a quienes recurre para solucionar sus problemas naturales. Dios parece más algo que Alguien. La renovación y reconciliación apenas tiene coherencia ni sentido para esta mentalidad religiosa, que se somete casi fatalmente a los acontecimientos diarios.

La mentalidad religiosa política centra su interés en poner en manos de Dios la liberación del pueblo, la ciudad o la nación. Posee una concepción más personal de Dios; pero el mesianismo se reduce al bien temporal del propio pueblo o nación. La manipulación de lo divino y de las instituciones sagradas está al servicio del interés político. Por principio, no puede soportarse la contradicción o la crítica que proviene de lo religioso.

Esta mentalidad juega entre nosotros un gran papel entre minorías contrapuestas, que en ocasiones pretenden manipular a la Iglesia de Cristo. La Iglesia tiene que mantenerse libre si quiere servir de veras al Dios de Jesucristo. No aceptan más que aquellos avances de renovación y reconciliación que coinciden en sus intereses temporales. En cambio la fe cristiana pide voluntarios para una reconciliación más profunda, porque se interesa ante todo por el hombre, como persona e hijo de Dios; y más universal, porque abraza a cualquier hombre, con las estructuras que le afectan.

También subyace entre algunos de nosotros una mentalidad religiosa que no reconoce más salvación que la eterna para un futuro después de la muerte. Adora a un Dios juez, más que Padre, exigente en la moral individual y en la ascética. Esta mentalidad religiosa separa, en un indebido dualismo, los campos de lo profano y de lo sagrado; no acepta un proceso de Historia de Salvación con su fase terrena imperfecta que requiera la incorporación del hombre libre a la tarea del amor de Dios en la historia humana. No es fácil encajar con esta mentalidad la obra real y concreta de la reconciliación en el orden social.

La fe cristiana no soluciona inmediatamente los problemas externos del hombre. Pero Dios Padre se manifiesta en Cristo Jesús ante los hombres y, partiendo de la liberación del egoísmo como pecado radical, se hace presente en la transformación de la historia humana, dimensión actual de la salvación integral.

Como hombres auténticamente religiosos y cristianos hemos de revisar nuestra mentalidad religiosa a la luz de la fe, para mantener cuanto en ella nos orienta hacia el Dios vivo y verdadero, y también para purificarla de lo que pudiera desvirtuar su pureza religiosa y cristiana, traicionando sus exigencias de reconciliación. La Iglesia toda ha de vencer constantemente la tentación de diluir su fe en ritos, costumbres y expresiones deficitarias; pero debe también, como Madre y Maestra, acercarse delicadamente al pueblo religioso y creyente para nutrir su genuina religiosidad con la Palabra de Dios, sin romper cañas cascadas ni arrasar una tierra sembrada de esperanzas.

### **Ambigüedad de nuestro tiempo secular**

Se hace difícil sentir a Dios en nuestro tiempo; y sin embargo, es urgente la evangelización. La conversión al Dios vivo y verdadero, manifestado en Cristo Jesús, parecerá a muchos un movimiento regresivo, en dirección precisamente contraria a la que lleva la corriente de la historia en una fase cultural que prefiere silenciar a Dios, marginarlo, para que el hombre crezca, se desarrolle y domine la tierra.

Vivimos también intensamente en nuestras Diócesis esta nueva fase cultural, y su influencia se deja sentir en nuestra vida religiosa; la creciente industrialización, el predominio de la técnica y el progreso implican una racionalización del comportamiento humano. La densidad del proceso de urbanización, la facilidad de acceso a niveles altos de cultura y el alcance universal de los medios de comunicación nos enfrentan con múltiples concepciones de la vida, que ponen en crisis nuestra identidad cristiana. El mayor nivel de vida económica, el consumismo y el hedonismo absorbentes y el afán de seguridad, posesión y poder, ocultan fácilmente el atractivo de los valores del espíritu y rebajan el techo de los horizontes de nuestra vida.

Todo ello nos lleva a vivir en distintos grados esta nueva fase de la secularidad. Estamos inmersos en el fenómeno progresivo de la secularización. Ello explica en gran parte la desgana por lo religioso y el retroceso del sentido de lo sagrado. Los distintos modelos sociológicos de la secularidad “concluyen en detectar la creciente tentación de humanismo en la concepción y organización de la vida, pérdida de prestigio y de interés de determinadas expresiones religiosas, fascinación por los valores intramundanos, privatizaciones de la religión o, mejor, diferenciación de lo religioso y lo social, antropologización, desacralización, apertura al cambio social vendrían a significar, de inmediato, el desplazamiento de signo o de acento que se está esperando en la cultura de hoy”<sup>5</sup>.

Es una época que puede barrer o herir de muerte las mentalidades religiosas deficitarias, las de motivaciones pobres y de débil adhesión personal a la comunidad eclesial. Sólo una fe cristiana auténtica, que una lo personal y lo comunitario, podrá sobrevivir. Más aún, dada la ambigüedad que encierra esta era de secularidad, la desaparición de una forma de religiosidad puede generar otra

---

<sup>5</sup> VÁZQUEZ, DÍAZ MOZAZ, AZCONA, *La vida cristiana ante el desafío de los tiempos nuevos*, Pamplona 1973, pp. 174-175.

más auténtica; puede dar lugar a una actualización y, consecuentemente, a un crecimiento de los valores religiosos en el hombre de nuestro tiempo.

Es urgente evangelizar en este tiempo. Presentar también la nueva noticia del Dios, Padre de Jesucristo. La ambigüedad del tiempo secular puede ser, es cierto, obstáculo para nuestra vida religiosa. Pero, ¿no será un tiempo de gracia para que encuentre al Dios vivo y verdadero este hombre que parece estar llamado a vivir en la soledad y en la intemperie?

## **Sentido del tiempo actual**

Más de una vez el creyente de nuestros días se ha sentido rodeado de un mundo de nieblas; ha perdido de vista a Dios. Lo busca donde antes solía encontrarlo; pero se siente arrodillado como frente al vacío. Su grito: “¿Dios, dónde estás?”, rasga los aires sin hallar, al parecer, respuesta.

La historia bíblica de la salvación, hecha de ocultamiento de Dios, de los enigmas y paradojas del obrar divino, de su continua autolimitación, puede ayudarnos a valorar como creyentes el sentido de nuestra era secular, que necesita también recitar su lamentación ante el abandono de Dios: “Grito hacia Ti y tú no me respondes, me presento y no me haces caso” (Job 30,20). “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Sal 22,2).

Nuestros pecados de hombres nos alejan de Dios (cf. Is 64,4-11). La atención a los nuevos quehaceres del mundo distraen nuestro interés por su Palabra (cf. Lc 10,39-42). La nueva experiencia humana nos aleja de la imagen de Dios que fue modelada con la ayuda de otras experiencias históricas, distintas de las nuestras.

Pero el silencio de Dios fue siempre anuncio de su Palabra. Primero los profetas y luego el Pueblo de Dios por medio de ellos, volvían a encontrar el Rostro y la Palabra de Dios en lugares, formas e imágenes distintas. La nueva experiencia de la Historia humana y del mundo creado daba también un sentido enriquecido a la Palabra de Dios. Así el Rostro de Dios brillaba de nuevo para iluminar nuevos caminos de salvación. Ésta es la historia personal de los grandes creyentes: Abraham, Moisés, David, Elías, Isaías, Jeremías; es también la historia de los momentos decisivos para la madurez del pueblo de Dios, como por ejemplo, el destierro, la restauración, los siglos silenciosos del Judaísmo:

«El Señor tenga piedad y nos bendiga. Ilumine su Rostro sobre nosotros. Conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación» (Sal 67,2-3).

«Señor, Dios de los ejércitos, restáuranos, que brille tu Rostro y nos salve» (Sal 80,4).

«Yahvé te muestre su Rostro y te conceda la Paz» (Nm 6,26).

El nuevo brillo del Rostro de Dios abre caminos de salvación y de paz. ¿Será ésta la esperanza que pueda abrigar nuestro tiempo secular?

Dios está presente en nuestro mundo como Dios que es, y como Dios Salvador. No se identifica con ninguna de las realidades que experimentamos; pero continúa interviniendo en el proceso salvador, mediante el ejercicio del Señorío de Cristo.

Cuando el hombre hace el inventario de sus experiencias, no encuentra a Dios. Él ha de estar necesariamente ausente del orden de las realidades experimentales y de las causalidades empíricas. Sin embargo, Él, el Creador y Salvador, tiene otra presencia y hemos de acomodar nuestra vista y dirigir la mirada allí donde Él está.

Él está en la dependencia radical del ser, de todo ser: en la decisión de hacer al hombre y de impulsar su Historia; como misterio de amor y libertad personal en el hombre, entrelazando las decisiones y opciones individuales hacia objetivos comunes, cercanos y lejanos, para tejer así una bella historia de salvación; impulsando la búsqueda de la verdad y de la justicia con sinceridad de conversión y superación del egoísmo; animando el esfuerzo ético, el dinamismo de la esperanza, la fortaleza en el dolor; en el encuentro de la fe trascendente, que sitúa el dinamismo progresivo y limitado del hombre en el misterio divino. Es el Señor quien inicia y completa este dinamismo, no como sustituto del hombre, sino como su Padre y Señor.

Nuestra era secular parece destinada a descubrir, una vez más, en la historia salvífica, el valor religioso de lo creado, es decir, la vinculación de todo el orden natural con Dios Creador. Así también nosotros contemplamos mejor la bondad de lo creado (cf. Gn 1,31).

Al mismo tiempo que el hombre acepta agradecido el don gratuito de Dios, lo sobrenatural, la salvación venida de él, encuentra también la coherencia de sus aspiraciones con todo el proyecto del Dios Creador y Salvador. Se siente más encajado en la obra de Dios en el mundo. La liberación o autonomía del hombre en el mundo permitirá reconocer mejor cómo puede funcionar este mecanismo humano, obra maestra de Dios, con una libertad que hace posibles el bien y el mal.

La secularización vive también sus riesgos: en ella entra en juego esa misma libertad, que decidirá si realmente llega una mayor humanización de la vida o una profunda deshumanización de la existencia. Esto último sucede cuando degenera en el secularismo, que cierra la apertura hacia Dios y reduce la imagen de la realidad exclusivamente a los bienes temporales. Corre el peligro de mitificar el bienestar, el dinero, el sexo, inmolando ante ellos los demás valores humanos.

A la hora decisiva de los resultados, tienen la palabra sobre todo los hombres de auténtica fe cristiana capaces de superar la experiencia de este nuevo humanismo, el de la soledad y aparente abandono de Dios, con una fe más desinteresada, gratuita y libre, integrando todo el compromiso humano en el diálogo personal con el Dios vivo, revelado en Jesucristo.

## **Segunda parte:**

### **NUESTRA CONVERSIÓN DE HOY A CRISTO RECONCILIADOR**

La Iglesia actual ha proclamado audazmente en el Concilio Vaticano II su confesión de fe en medio de este mundo secular: “Dios sigue conversando siempre con la Iglesia, Esposa de su Hijo amado”; “la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo”; “el Espíritu Santo... va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo” (cf. Col 3,16; *Dei Verbum*, n. 8).

También a nosotros nos alcanza el despliegue de fuerza de la Palabra de Dios, con las modulaciones propias de nuestro tiempo.

#### **Jesús de Nazaret nos revela que Dios es Padre**

Al mismo tiempo que desvela de palabra y de obra su singular personalidad, Jesús manifiesta el misterio insondable de Dios, como Padre suyo y como Padre de quienes creen en él. La revelación se despliega al mismo tiempo que el amor realiza la obra de la reconciliación de la Humanidad.

Jesús de Nazaret experimentó en su conciencia humana que la profundidad de su ser era sustentada por Dios; percibió cómo en aquella hondura se revelaba perfectamente la obra de Dios; vivió en sí mismo el reflejo del rostro divino; respondió plenamente a la iniciativa del Padre. La actitud filial de Jesús hacia Dios Padre fue, por eso, tan espontánea, tan rica, tan gozosa y serena, tan difusiva.

La soberanía de Dios, con todo lo que ella implicaba en la mentalidad judía, continúa en el ámbito del Evangelio de Jesús (v. gr. Mt 11,25 s.; Mc 13,34-37; Lc 17,7-10). Pero el centro de la vida de Jesús y de su mensaje se halla en otro lugar; para Jesús, Dios es el Padre.

Jesús se dirigió a Dios con un término sencillo y familiar, increíble para sus contemporáneos: “Padre mío”; “Abba”, en su lengua aramea original. Esta forma de hablar a Dios, con la intimidad y confianza con que un hijo desde niño habla a su padre, revela la profundidad de su comunión con Dios. Ésta es la característica más original de la personalidad de Jesús: vivió para con Dios, como un hijo.

Más aún, reivindica como especial y única esta relación con Aquél a quien invoca como Padre. Aunque enseña a sus seguidores que procedan como hijos de Dios, sin embargo, su filiación no coincide con ninguna actitud humana (cf. Mt 7,11; 6,32; Lc 22,29; 24,49). Jesús no sólo se considera hijo por su actitud de proximidad, de intimidad, de dependencia del Padre, sino que *es* el Hijo por

unidad de voluntad, de libertad, de acción; en definitiva, por la unidad del mismo ser (Mt 11,27; 21,37; Mc 14,61; Lc 22,70; 23,46). Es el Hijo de Dios.

Por eso su palabra y su acción han desvelado al mismo tiempo el misterio de Dios como Padre y el misterio de su personalidad singular de hombre-Hijo de Dios: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce el Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,25-27). Quien ve a Él, ve al Padre (Jn 14,9). Ante sus admirados discípulos se fue desvelando la Gloria propia del Hijo único del Padre, que demostraba su inmensa capacidad de amor y de fidelidad (Jn 1,14).

Jesús enseña que sus discípulos, los que acogen voluntariamente el Reino de Dios, participan de la filiación divina. A ellos se extiende la paternidad de Dios que se compadece del que sufre, goza perdonando (Mc 11,25; Lc 6,36; 15,6; 9,22-24) y es el único que tiene derecho al nombre de Padre (Mt 23,9). Ellos tienen a Dios como Padre: el “Abba” de la oración de Jesús será distintivo de sus seguidores (Mt 6,9; Lc 11,1-2; cf. Rm 8,16).

Jesús nos enseña que el amor paternal de Dios concede ya ahora los dones propios del tiempo de la salvación. Da confianza. Disipa el temor que acecha a los suyos (Mt 7,9-11; 10,25; 18,10.14). En medio de las preocupaciones de la vida cotidiana, el Padre de los cielos garantiza seguridad (Mt 6,8.32). Nada ni nadie es pequeño para Dios: ni el pajarillo, ni la flor, ni el hombre pecador (Mt 6,26; 5,45). En las situaciones enigmáticas de la vida (Mt 11,25; Mc 4,4-7), en el sufrimiento, en la persecución y aun en la muerte (Mt 10,29-31; Lc 13,1-5), Dios sigue siendo el Padre.

Esta visión del misterio de Dios debe ayudarnos a orientar nuestra vida religiosa. La religión filial aleja los miedos, el temor a la severidad de un juez y el pánico ante las fatalidades cósmicas (1 Jn 4,16-18): “No recibisteis un espíritu de esclavos para caer en el temor; antes bien recibisteis un espíritu de hijos adoptivos” (Rm 8,15). “Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre...?” (Rm 8,31.35). Así sentían los verdaderos discípulos de Cristo, que han de formar escuela en nuestros días.

Es la religión de quienes han tomado posesión de la casa del Padre y disponen familiarmente de sus bienes (Rm 8,17); de quienes, apoyándose en la benevolencia de la gracia divina, tratan de corresponder con un amor efectivo que promueve obras dignas del Padre (Mt 5,16.45-48). La condición del hijo permite al creyente, seguidor de Jesús, rechazar las falsas seguridades: seguridades de cualquier tipo de dominio, poder, dinero y prestigio; seguridades del cómodo amparo en lo instituido, sin compromiso personal; seguridades del mero cumplimiento externo de la ley o del formulismo religioso carente de espíritu.

Conocer al Padre y a Cristo lleva a los discípulos a consecuencias prácticas que los diferencian de quienes, persiguiéndoles, creen dar culto a Dios (Jn 16,2-

3). “Y lo harán, porque no han conocido al Padre ni a Mí”. Es necesario experimentar la paternidad de Dios para percibir lo que significa que la religión cristiana pretende el orden efectivo del amor.

### **Actuación reconciliadora de Cristo**

La presencia del Hijo de Dios como hombre en el mundo es un misterio que tiene que encerrar un *sentido*, una razón de ser. Predicada a los hombres como un Evangelio, es decir, como gran noticia para una realidad en proceso de cambio, precisa que esa vida esté orientada en *beneficio de los hombres*. Su constante batallar contra el mal, enfrentándose al pecado hasta llegar a la muerte de la Cruz, define su carácter de *acción salvadora*.

El Misterio de la Pascua, Muerte y Resurrección de Cristo, vivido y testificado por la comunidad de sus discípulos, iluminó con esplendor el pasado, ilumina el presente y el futuro. La vida de Cristo es, toda ella, una acción salvadora por iniciativa de Dios Padre para rehabilitar al hombre, incapaz de lograr la reconciliación consigo mismo, con los demás hombres y con la creación entera. “Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo” (2 Cor 5,18; cf. Rom 5,10).

Dios ha reconciliado consigo a la Humanidad compartiendo nuestra condición dolorida y caída, sufriendo en la propia carne las consecuencias de la ruptura producida por el pecado del mundo. La muerte vivida por Cristo en la Cruz, expresión de la ruptura entre la humanidad y Dios, se convierte en la expresión máxima del amor de Dios al hombre y en el principio de reconciliación entre el mundo y Dios. “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5,19).

Cuando el Nuevo Testamento y principalmente San Pablo interpretan la vida y la muerte de Cristo en términos de reconciliación, quieren subrayar la iniciativa divina que restablece a la Humanidad en la intimidad de la familia de Dios. Hay algo *nuevo*, como una nueva creación en el Espíritu de Jesús (cf. Gen 1,1-2), que permite el acceso confiado a Dios Padre. Algo nuevo que permite también la armonía y la paz de los hombres entre sí, derrumbando los muros de la enemistad. Es una obra costosa, a precio de la sangre de Cristo (Ef 2,14.16.18; 3,14-15).

Jesús realizó esta obra de reconciliación por el camino de la solidaridad y del servicio progresivo a los hombres. Así desanduvo el camino por el que el hombre, egoísta y autosuficiente, pecando, se alejó de Dios. El pecado separa de Dios, disgrega a la Humanidad, desgarrar al hombre mismo; la reconciliación por Cristo rehace la imagen del hombre con mayor belleza: “Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu” (2 Cor 3,18).

Por ser el Primogénito (Col 1,15) de la familia humana, la Humanidad toda se beneficia de poder retornar con él a la casa paterna. Siendo Hijo de Dios ac-

tuó como todo un hombre. Dejó marcado un estilo de nueva humanidad, un espíritu de familia: un modo de ser hombre e hijo de Dios. Y al mismo tiempo nos da la posibilidad de hacerlo, también nosotros, con el don de su mismo Espíritu que guía nuestro acceso al Padre (Ef 2,18.22). Es la creación de una nueva Humanidad reconciliada (Ef 2,15-16).

La actitud de servicio del Señor Jesús llamó la atención de sus discípulos. Su entrega servicial a Dios y a los hombres señalaba lo fundamental de su estilo de vida. Sus discípulos percibieron la importancia de esta actitud y de esta misión; en Él vieron la posibilidad, el deber y el modo de combatir el mal y el pecado.

La presencia del Reino de Dios en la acción de Jesús es signo de la victoria definitiva contra el mal: el poder de Dios ha roto todas las ligaduras que ataban al hombre, desde el pecado hasta la muerte. Es la victoria radical de una Humanidad reconciliada en Cristo, a la que queda todavía una larga lucha. Los discípulos de Jesús han de proseguir el combate: cuentan con su fuerza, con su ejemplo, con su victoria (Mt 10,7; cf. Lc 10,18; 1 Cor 15,55-58).

### **Los seguidores de Cristo en la obra de la reconciliación**

Ante la iniciativa divina de la reconciliación, el hombre busca su camino. Se deja guiar por el Espíritu de Cristo. Acepta dejarse reconciliar por Dios, para asumir también él su servicio de reconciliación: “En nombre de Cristo os suplicamos: ireconciliaos con Dios!”. “Dios nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el servicio de la reconciliación” (2 Cor 5,20.18).

El cristiano aprende la religión filial, descubre a Dios Padre: mirando a Cristo, ve al Padre. Reconoce que el germen de nueva vida, capaz de realizar obras de calidad filial y fraternal, es un don, una gracia de Dios, que le restaura y le enaltece. El “Abba, Padre” se convierte en su oración preferida. Libre de los miedos y las falsas seguridades, le queda un amplio espacio para el amor comprometido a los hombres, miembros de la misma familia.

La conciencia de ser hijos por gracia nos libra de toda autosuficiencia y nos da fuerzas para luchar contra el egoísmo que, infiltrado en todos y cada uno de nosotros, desgarró a los hombres. La solidaridad de Jesús con la humanidad configura un nuevo estilo de solidaridad cristiana entre los hombres.

Dios actúa y destruye el mal, suscitando el amor en el mundo con el mismo Espíritu de Cristo. Así prosigue la obra de reconciliación entre los hombres, con la colaboración de quienes se dejan mover por su Espíritu, viven según el estilo reconciliador de Jesús y hacen suyo su espíritu servicial.

Cristo invita a caminar con Él, en su misma dirección: invita a seguirle. Junto al lago de Tiberiades y siempre. Su presencia viva en la comunidad de los creyentes ofrece el don del Espíritu, que toca el nervio de nuestra existencia, inspira el amor que dispone a proseguir su obra, a imitar su actitud y a descu-

brir, con los demás creyentes y los demás hombres, las líneas concretas que en cada tiempo responden mejor a su Mensaje. Este amor revestirá formas distintas, tendrá matices diferentes, según personas, culturas y épocas; pero nunca faltará en los hombres que de veras le siguen.

El amor cristiano es una fuerza poderosa que se incrusta en todas las realidades humanas y transforma aquello que provoca o mantiene el desamor, la injusticia, la necesidad, el subdesarrollo, la desigualdad; todo lo que desfigura el rostro de la verdadera reconciliación y fraternidad.

Jesús no nos da un programa concreto de acción, un único modelo de sociedad válido para todas las edades y situaciones históricas. Pero en Él hay un sentido para el hombre y para sus relaciones con Dios, consigo mismo y con los demás; en Él se descubren unos rasgos fundamentales y permanentes para saber lo que está de acuerdo o en desacuerdo con la verdadera reconciliación.

La referencia a la Palabra de Dios, a la comunidad histórica y jerárquica, que es la Iglesia Católica, y al sentido humano de cada época, son criterios que definen el acierto y la buena voluntad de quien se guía por el Espíritu de Cristo. Así el creyente es capaz de ir haciendo la obra reconciliadora de Dios en su mundo, con humildad, paciencia y esperanza.

### **La conversión y la fe como condiciones para el seguimiento de Cristo**

A la nueva existencia filial se llega por la conversión y la fe en Cristo Jesús. La aceptación del Reino de Dios, como plenitud del hombre, va precedida de la abdicación personal de quien acepta no ser centro de sí mismo, sino servir a Dios en el amor. Es el acontecimiento del encuentro, en el fondo de nuestra existencia, con Alguien, Cristo, que llama a un cambio radical, a una especie de inversión del ser, de cambio de valores; la “metanoia” de la que habla el Nuevo Testamento, y que traducimos a la vez por “conversión” y “penitencia”.

Esta vuelta radical a la que nos provoca la Palabra de Dios nos arranca del círculo del pecado: afirmamos nuestra culpa ante Dios y ante los hombres, proclamamos que hemos ofendido a Dios y herido a la Iglesia, que hemos deformado la semejanza divina del hombre y que tomamos la decisión de obedecer a Dios con el corazón entero. Es una exigencia permanente para todos, para los que se creen justos y para los que se confiesan pecadores.

La conversión cristiana incluye la aceptación de una nueva escala de valores: acoger a Dios como Padre, en el seguimiento de Cristo, para realizar el proyecto de la reconciliación. La conversión cristiana es ya reconciliación: es un capítulo, inédito para cada uno, del rescate que obra Cristo para llevarnos al Padre. Es un primer paso voluntario y alegre; un acto inicial, válido para siempre, pero que necesita una actualización y confirmación en las situaciones concretas que el hombre vive en la fidelidad personal al proyecto inicial.

Esta conversión cristiana incluye la fe, la adhesión personal a Cristo, expresión de la presencia de Dios entre los hombres. Es la aceptación de su Persona con el *sentido* que tiene para su Humanidad, compartiendo la experiencia de la Iglesia como comunidad de creyentes.

En la fe hay un lento proceso de maduración. Se inicia con un encuentro con el Señor que pasa por el camino de la vida y nos llama, nos insinúa una vía hacia la verdad y el amor, y nos señala los obstáculos que nos frenan. Tras el primer encuentro personal con Cristo sigue el proceso de la fe, como actitud de vida, que debe actualizar la entrega a Cristo y la aceptación al proyecto divino en sus consecuencias presentes. “Por la fe –dice el Concilio Vaticano II (*Dei Verbum*, n. 5)– el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones”. Esta progresiva maduración de la fe cristiana, personal y comunitaria, conduce a compromisos sucesivos en la línea del servicio a la obra divina de la reconciliación”.

## **Conversión y reconciliación en el mundo actual**

La conversión cristiana debe estar siempre unida al espíritu de reconciliación; también en nuestros días, exige una conversión actualizada, que pague el precio debido a la reconciliación.

El creyente de hoy tiene que volver a escuchar con sencillez la Palabra de Cristo, que le invita a la conversión a Dios Padre en la genuina religión filial y le hace salir de su soledad, de su horizontalismo cerrado, de su autosuficiencia.

El hombre actual ha de respirar de nuevo con la oración a Dios Padre, Salvador también de este mundo secular, aceptando lúcida y humildemente sus limitaciones, sintonizando con los criterios divinos de salvación y reconciliación que rigen la historia humana. Es el espíritu de las “Bienaventuranzas”, que preparan a la aceptación del Reino de Dios y al seguimiento de Cristo. Es el espíritu de María, Madre de los creyentes, reflejado en su “Magnificat”, que resume ejemplarmente para todo el Pueblo de Dios ese talante espiritual de oración, aceptación y sintonía con el Dios Salvador.

Necesitamos volver a valorar la importancia fundamental e irremplazable que en cualquier intento de renovación humana y cristiana, y en toda empresa, aun colectiva, tienen las posturas y comportamientos personales. Es una llamada a evitar la evasión ante los compromisos, con el recurso fácil de considerar ineficaz o inútil lo que cada uno de nosotros puede hacer o dejar de hacer mientras las cosas no cambien. El mensaje de la reconciliación contiene un llamamiento dirigido a todos, a fin de que, enfrentados con nuestra propia conciencia y con nuestras posturas más profundas, descubramos ante Dios nuestro pecado, las incoherencias y las mentiras fundamentales que impiden nuestra armonía interior.

Todo ello requiere una gran dosis de valentía, con un sincero deseo de respuesta a las cuestiones fundamentales que, en el nivel del pensamiento y del comportamiento, se plantean al hombre que quiere serlo de verdad. Cristo nos ofrece la reconciliación con nosotros mismos, nuestra coherencia personal.

Son muchos los conflictos que el hombre arrastra consigo: ser portador de unos problemas, y no querer planteárselos por comodidad o por miedo de lo que exigiría su solución verdadera; afirmar en teoría que Dios da el sentido definitivo a la vida humana, y prescindir prácticamente de lo que debería suponer aceptar a Dios en la realidad; profesar el amor por encima de todo, y alimentar una agresividad constante en el orden de las relaciones humanas, dando cabida incluso al odio y al ataque personal. Y tantos otros conflictos internos y pecados personales que podemos descubrir, si somos realmente sinceros.

Éste es el tiempo propio para analizar con valentía cualquier situación de ruptura. Con el espíritu de Jesús estamos seguros de encontrar vía libre de salida para los múltiples atascos que cierran hoy el camino hacia la reconciliación en nuestros conflictos humanos. Desde ahí obtendremos la visión del hombre necesaria para construir una sociedad reconciliadora, una convivencia más ajustada a las exigencias de la verdad, el amor, la justicia y la libertad (Juan XIII, *Pacem in terris*, n. 35).

Desde esta perspectiva, hemos de tratar de iluminar el camino de comprensión entre las distintas generaciones, superando lo que se llama el conflicto generacional, que se manifiesta en muchos conflictos de nuestra sociedad, en el ámbito familiar, profesional, político, eclesial. El diálogo entre generaciones tiene también su precio. Exige un esfuerzo de purificación para tratar de ver con lucidez, para tratar de ver juntos, una realidad que, vista por separado, sólo parcialmente puede ser comprometida. Cada generación es, por necesidad histórica, limitada; por eso ha de reconocerse deudora y solidaria con las demás.

Todas las generaciones han de tener la posibilidad de crear, pero sometiendo a la valoración de toda la comunidad lo que ellas creen ser una verdadera aportación creadora. La sociedad ha de aceptar como una obligación y un derecho el riesgo de hallar fórmulas nuevas, ante el mal acierto de un fixismo que no sabe adaptarse a la evolución y al cambio histórico.

Aspirar eficazmente a una sociedad reconciliada quiere decir promover una justa distribución de los bienes de la comunidad, particularmente de los bienes económicos. No puede sentirse reconciliada una sociedad persuadida de que parte de ella vive en la abundancia, mientras la otra experimenta sobre sí las consecuencias de la pobreza. Miremos en este comienzo del año 1975, a las diferencias de retribución de las empresas, de los distintos sectores económicos, de las regiones en tan desigual desarrollo, al panorama dramático del Tercer Mundo.

Se decía en el reciente escrito de los Obispos “Actitudes cristianas ante la actual situación económica”<sup>6</sup>:

---

<sup>6</sup> COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SOCIAL, “Ecclesia” 1709 (1974), p. 20, nn. 2 y 4.

«Todavía es posible identificar en nuestro país grupos humanos y aun regiones que no han logrado salir de una situación de pobreza y de insuficiencia material... Se ha de constatar que el crecimiento económico ha producido diferencias desmesuradas entre los ingresos de quienes participan en el proceso de la producción... En realidad nos hallamos aquí ante un problema de justicia que afecta a la estructura misma de nuestro sistema económico-social...».

«Una conversión sincera, acompañada de un vivo deseo de traducir al campo de la vida económica las exigencias del temor cristiano, debe posibilitar las renunciaciones necesarias. Tales exigencias no se limitan únicamente a los que tienen en sus manos las decisiones principales de la vida económica del país: a todos se nos impone la exigencia ineludible de adoptar un estilo de vida más sobrio, de resistir a las incitaciones de la sociedad consumista y de entrar por caminos de una mayor austeridad... Es preciso analizar, tantear y decidir a corto plazo, sin olvidar que las verdaderas soluciones exigen transformaciones radicales... Todos hemos de estar dispuestos a sacrificar situaciones, privilegios y hasta lo que legítimamente podríamos reclamar, si la creación de una comunidad más fraterna así lo requiere».

Para lograr una sociedad realmente pacificada es necesaria una verdadera voluntad, privada y pública, de revisar, corregir y transformar unas situaciones que estructuralmente conducen a consecuencias inaceptables para una conciencia ética sensible a los imperativos de la justicia.

Quedaría una laguna sensible en esta nuestra exhortación pastoral a la reconciliación, si no hiciéramos una alusión a la necesidad de reconciliación dentro de la comunidad política, sentida sobre todo a partir de la contienda civil. Los condicionamientos provenientes de la historia deben ser sometidos a una revisión que promueva una convivencia pacífica y reconciliada, que supere cualquier división y discriminación para dejar el paso libre a una nueva sociedad con voluntad sincera de respeto, solidaridad y amor.

Con el mismo espíritu de reconciliación que llevó al Papa y a los Padres sinodales, en su reciente mensaje al mundo, a solicitar la magnanimidad de los gobernantes de todos los países a favor de todas las personas reclusas en prisión, hemos invitado, junto a los Obispos de la Conferencia Episcopal, a los gobernantes, a “que revisen la situación penal de aquellos que están reclusos por la restricción de unos derechos que ahora se tiende a reconocer más plenamente; y, a la vez, pedimos un generoso gesto de clemencia, en consonancia con el mensaje jubilar del perdón cristiano, a favor de todas las personas privadas de libertad”. Bien sabemos la particular importancia que esta petición tiene para lograr la paz y la reconciliación entre los hombres de buena voluntad de nuestro país.

## **Tercera parte:**

### **LA OBRA DE LA RECONCILIACIÓN EN LA IGLESIA**

Esta imagen de un mundo todavía irreconciliado, interpela a la Iglesia y es, a la vez, un estímulo insoslayable, cargado de esperanza y de responsabilidad en el cumplimiento de su misión. ¿Tiene la Iglesia una palabra de reconciliación real y eficaz para el mundo? Y si la tiene, ¿cómo realiza ella misma la reconciliación que proclama? ¿No constituye una paradoja la discontinuidad existente entre una reconciliación que se anuncia definitiva en Cristo, y la irreconciliación real, protagonizada con frecuencia por los propios seguidores de Cristo?

Éstas y otras preguntas semejantes representan la trama de una tensión permanente entre la palabra salvadora y la limitación humana, entre la misión cristiana y su realización terrestre, entre la escatología y la historia. Esta tensión, lejos de ser traumatizante, es fecunda para el cristiano si desde la fe y con actitud humilde sabe reconocer la llamada de Dios a la conversión.

#### **La Iglesia, sacramento de reconciliación**

Cristo nos ha liberado del pecado; pero ni nos ha liberado de nuestra naturaleza de pecado, ni ha suprimido nuestra lucha contra el pecado. La victoria definitiva del misterio pascual no rompe la dinámica propia de la historia de la salvación, que exige desarrollo progresivo y cooperación humana en una edificación creciente hasta la consumación final. Entre la resurrección de Cristo y la segunda venida del Señor discurre el tiempo de la comunidad creyente. Un tiempo en el que sigue operante el misterio de iniquidad (2 Tes 2,7), y donde la comunidad ya reconciliada con Dios debe empeñarse con todas sus fuerzas para hacer suya la victoria de Cristo sobre el pecado y no renunciar a su propia vocación.

Por desgracia, el hombre fracasa frecuentemente en la realización de esta tarea; frágil como es, se deja vencer por el egoísmo y peca. Pero Cristo, que sabía de la debilidad humana, no ha dejado desamparado al hombre a su propia miseria. Con la resurrección Cristo ha enviado a los hombres el don definitivo: el Espíritu Santo. Y es precisamente el Espíritu quien, siendo el principio vivificante de la Iglesia, será al mismo tiempo el principio dinámico de la nueva etapa de la historia salvífica y la fuerza para la reconciliación. A través de la Iglesia, comunidad histórica de los creyentes, Dios sigue ofreciendo a los hombres la salvación en el Espíritu.

La obra de la reconciliación viene continuada, actualizada y promovida hoy por el Espíritu a través de la Iglesia. En el poder del Espíritu, la Iglesia ha sido constituida por Cristo (Jn 20,20-23) comunidad del perdón, signo-sacramento de reconciliación para los hombres (cfr. LG 1; OP 4). Su misión no sólo es predicar la conversión y el perdón (Lc 24,47), sino también ejercer el ministerio, el servicio (diakonía) de la reconciliación, con el poder recibido de Cristo en el Es-

píritu (2 Cor 5,18). La Iglesia entera ha de ser comunidad visible de reconciliación, ejerciendo su sacramentalidad reconciliadora a través de la Palabra y los signos.

## **Reconciliación humana, reconciliación cristiana**

La llamada de la Iglesia a la reconciliación no es discriminatoria, ni está alejada de aquellas otras llamadas de los hombres que claman por una sociedad y un mundo realmente fraterno y reconciliado. La Iglesia quiere impulsar, estar presente y colaborar con su testimonio y su acción, a la obra de reconciliación de los hombres, divididos en tantos casos y situaciones por el odio, el egoísmo o la injusticia.

Sin embargo, la reconciliación a la que la Iglesia invita, no siempre ni en todo se identifica con la reconciliación que el mundo ofrece. La Iglesia cree y proclama que la verdadera y plena reconciliación entre los hombres sólo es posible en la reconciliación con Dios, por Cristo y en el Espíritu. La dimensión horizontal de la reconciliación sólo es plenamente posible a partir de su dimensión vertical.

Pero, sobre todo, la Iglesia nos llama constantemente a la conversión y proclama su palabra eficaz del perdón sobre nosotros, sus propios miembros. Y no puede ser de otra manera; la respuesta o conversión primera del cristiano, sellada por el bautismo, es negada por el pecado. Nunca debiéramos renunciar a aquella decisión primera y fundamental que comprometió toda nuestra existencia en un proyecto de vida cristiana, y nos hizo partícipes de la Alianza de Dios. Pero mientras Dios mantiene siempre su Palabra, nosotros los hombres retornamos sobre nuestros propios pasos, rechazamos el don de Dios y renunciamos a nuestros compromisos.

Falta muchas veces entre las personas y grupos que se llaman cristianos la comprensión, el respeto y el amor sincero que han de integrar al sentido de la reconciliación. Queriendo quizás defender valores cristianos, recurrimos a la violencia velada o explícita contra otras personas o grupos de la Iglesia; el prejuicio impide la comprensión; la imaginación apasionada hace creer verdades las caricaturas más fantásticas y aun injustas.

El enfrentamiento habitual a la Jerarquía o a la institución eclesial ha llegado a hacer normal en algunos la actitud de contestación. “En sí, la contestación, decía Pablo VI<sup>7</sup>, querría dirigirse a individuar y a corregir defectos merecedores de reprensión y, por tanto, mirar a una conversión, a una reforma, a un aumento de buena voluntad; y nosotros no exorcizaremos una positiva contestación, si permanece tal. Pero ¡ay!, la contestación se ha convertido en una forma de autolesionismo, muy a menudo privado de sabiduría y de amor; se ha hecho un hábito fácil que vela la mirada sobre los propios defectos y la abre en cambio sobre los de los otros; ello habitúa a un juicio, a menudo temerario, sobre los fallos de la Iglesia, y tolera, hasta la simpatía y la connivencia, los de los

---

<sup>7</sup> Audiencia del 29 de agosto de 1973, *Ecclesia* 1657 (1973), p. 5.

adversarios de la Iglesia, de los que niegan el nombre de Dios, de los perturbadores del orden social”. Es una tentación en la que pueden caer hasta los que siempre se creyeron hijos fieles de la Iglesia cuando sistemáticamente rechazan o apagan la voz de su propia Jerarquía.

Pablo VI señalaba recientemente<sup>8</sup> ciertos “fermentos de infidelidad al Espíritu Santo, que aparecen ahí y allá en la Iglesia en nuestros días, y que, por desgracia, tratan de socavarla desde dentro”. Pretenden permanecer en la Iglesia para atentar contra la unidad eclesial. “Se oponen a la Jerarquía, como si cada caso de esa oposición fuera un momento constitutivo de la verdad acerca de la Iglesia que hay que descubrir de nuevo como Cristo la habría fundado...; levantad acusaciones contra los Pastores de la Iglesia... porque, como dicen, serían los guardianes de un sistema o aparato eclesiástico en oposición a la institución de Cristo”. No son muchos, pero introducen el desconcierto en la comunidad eclesial como una falta de fe suficientemente encarnada, que acepte la única realidad de la Iglesia que nace de su doble elemento, humano y divino.

Todos hemos de analizar en nuestras actitudes lo que puedan encerrar de gérmenes de irreconciliación eclesial: el excesivo apego a nuestra visión personal o parcial de la fe cristiana, sacrificando la herencia común; el espíritu de secta o de discordia que fija la atención, en exclusiva, en los maestros de fe o líderes de acción que cada uno elige para sí; la asociación de los valores de la fe con los propios intereses cerrados en lo económico o político; el individualismo, despreocupado de una salvación y reconciliación que atañe a todos.

Hemos de convencernos de que la credibilidad de la Iglesia y el testimonio a favor del Evangelio dependen de nuestro grado de reconciliación intraeclesial. Una Iglesia en camino de reconciliación escucha humildemente la Palabra de Dios que la interpela en sus distintas formas; acepta los valores propios de la fe como los supremos y auténticos para realizar la unidad e identificarse como Iglesia de Jesucristo; se reconoce perdonada por Dios para transmitir a los demás la alegría de esta experiencia; se ofrece a sí misma, con capacidad de renuncia, por el bien de los otros.

Para que la Iglesia llegue a caracterizarse así ante los hombres, es necesario que cada cristiano asuma su papel y se ponga decididamente en marcha por este camino, con conciencia de pertenecer a la catolicidad, de ser parte integrante de una comunidad total de la que necesita. Sólo la actitud de conversión prepara la verdadera reconciliación.

## **El sacramento de la reconciliación eclesial o penitencia**

El pecado no sólo es un rechazo de Dios y de sus planes de salvación; es también un rechazo de la propia vocación y realización personal, que compromete la convivencia humana y daña a la Iglesia.

---

<sup>8</sup> Exhortación Apostólica *Paterna cum Benevolentia*, *ibid.*, p. 9.

El Concilio Vaticano II (LG n. 8) no ha dudado en reconocer, con la tradición más auténtica, que la Iglesia es, al mismo tiempo, “santa y necesitada de purificación, al acoger en su mismo seno a miembros pecadores”, al cobijar en los pliegues de su vestido de esposa santa, miembros más perfectos e imperfectos.

La vocación cristiana encuentra en los miembros de la Iglesia una realización deficiente. Esta verdad se convierte en instancia permanente de conversión y penitencia, en llamada de atención contra todo falso triunfalismo, en estímulo para su renovación mientras la Iglesia vive peregrina en la tierra. No, la Iglesia se avergüenza de pedir perdón; tiene deber y necesidad de pedirlo constantemente a Dios y a los hombres, por los pecados de las comunidades y los de sus miembros, en una búsqueda de conversión, cada día más perfecta, al Evangelio de Jesucristo. “El deber de pacificar alcanza personalmente a todos y a cada uno de los fieles; y, si esto no se cumple, permanece ineficaz hasta el sacrificio cultual que ellos quisieran ofrecer a Dios” (Mt 5,23 y ss.)<sup>9</sup>.

Así se comprende porqué la penitencia-conversión no es el gesto esporádico de un momento, sino la *actitud permanente* que anima y promueve la vida de la Iglesia y de sus miembros. La penitencia, antes de ser sacramento ritualmente celebrado, debe ser actitud, virtud y, de algún modo, sacramento vivido. La celebración sacramental de la penitencia abarca así la totalidad de la misma vida. Y esta vida, que se desenvuelve en su mayor parte fuera de la celebración, no queda privada ni del dinamismo de la conversión, ni de la gracia del perdón.

Esta existencia penitencial puede manifestarse de múltiples formas en la vida de la Iglesia y del cristiano. Tales son, por ejemplo, las obras de misericordia y caridad; la lucha y el compromiso por la justicia; el cumplimiento del deber en servicio a los demás; la oración, el ayuno y la limosna; la lectura de la Palabra de Dios y las celebraciones penitenciales; la corrección fraterna y el perdón mutuo; la celebración de los sacramentos y, sobre todo, de la Eucaristía<sup>10</sup>. Estas obras de cada día constituyen la trama de una historia personal y eclesial de reconciliación en la lucha permanente contra todo pecado.

El Sacramento de la Penitencia no es ajeno a ninguna de las formas de penitencia señaladas. Toda la vida cristiana, marcada por las distintas formas penitenciales, está orientada dinámicamente hacia la celebración plena del sacramento, como acto eclesial, como signo eficaz querido por Cristo que garantiza y proclama irreversiblemente el perdón que Dios nos concede. El Sacramento de la Penitencia es el punto de concentración visible de la sacramentalidad de la Iglesia reconciliante. Es la celebración eclesial de la reconciliación, la fiesta comunitaria del perdón (cf. Lc 15).

Celebramos el Sacramento de la Penitencia para obtener el perdón, para expresar eclesialmente la reconciliación y para alegrarnos juntos porque Dios nos renueva y nos da su vida. El proceso penitencial es al mismo tiempo perso-

---

<sup>9</sup> PABLO VI, *Ibid.*, p. 8.

<sup>10</sup> *Ritual de la Penitencia*, n. 4.

nal y eclesial; mi conversión y mi perdón acontecen e interesan a la comunidad cristiana, que tiene derecho a intervenir y compartir conmigo la alegría del perdón.

«El Sacramento de la Penitencia es como la manifestación visible, en el interior de la comunidad eclesial, de un encuentro personal en el que el Dios de misericordia, en Cristo y por medio del Espíritu, se sirve del ministerio instituido por el mismo Cristo para conceder el propio perdón a aquel pecador que, respondiendo a la invitación divina, y sostenido por la oración, el ejemplo y la acogida de sus propios hermanos, se convierte y pide ser reconciliado»<sup>11</sup>.

Es, con otras palabras, el signo privilegiado de reconciliación a través del cual se expresa de un modo peculiar la iniciativa misericordiosa de Dios Padre, la mediación pascual de Cristo, la intervención ministerial de la Iglesia, la colaboración comunitaria del pueblo de Dios y la colaboración personal del penitente, en la obra de la reconciliación y renovación que realiza el Espíritu en cada persona concreta en continuidad con la obra de reconciliación de la propia vida.

Estos valores son los que ha querido poner de relieve el Nuevo Ritual de la Penitencia que, a partir de esta Cuaresma de 1975, se pondrá en práctica en nuestras Diócesis, como en toda la Iglesia universal. Las directrices que señaló el Concilio Vaticano II animaron los laboriosos trabajos de preparación, que han recibido la definitiva aprobación del Papa Pablo VI.

La conversión hace posible alcanzar las más difíciles metas de la reconciliación. La celebración sacramental de la Penitencia, en sus diversas formas individuales y comunitarias, nos ofrece una continua esperanza de que la Reconciliación que viene de Dios alcanzará en su Iglesia realizaciones más comprensibles para el mundo.

Será una señal de que el Espíritu del Señor sigue animando en la Iglesia el esfuerzo de todos para renovar este espíritu de conversión, penitencia y reconciliación.

Como Iglesia, queremos confesar nuestra debilidad y pobreza con humildad. Somos poco en lo que tenemos, podemos y realizamos. Pero, en medio de todo esto, nuestro grito es de una esperanza sin límites; seguimos anunciando la gran noticia del Evangelio de la Reconciliación de los hombres con Dios Padre, que hace posible la reconciliación entre los hombres.

Damos término a nuestra Carta Pastoral. Os la ofrecemos con entera confianza. Nuestro mensaje va dirigido a nuestro pueblo –Pueblo de Dios– que merece todo nuestro respeto, nuestro servicio y nuestro amor.

A dondequiera que en la Iglesia –en nuestras Diócesis– dirigimos la mirada, nos encontramos con María, Madre de Jesús y Madre nuestra. Necesitamos

---

<sup>11</sup> COMISIÓN TEOLÓGICA Y LITÚRGICA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL BELGA, *Orientations pour un renouveau de la pratique pénitentielle. Reflexions doctrinales. Reflexions pastorales*, Bruselas, 1973, n. 148.

de su orientación, aliento y protección para que este llamamiento de los Obispos fructifique.

Pamplona y Tudela, San Sebastián y Bilbao  
*Cuaresma de 1975*

- ✘ **José**, Arzobispo de Pamplona y Tudela
- ✘ **Jacinto**, Obispo de San Sebastián
- ✘ **Antonio**, Obispo de Bilbao
- ✘ **José María**, Obispo auxiliar de Pamplona
- ✘ **José María**, Obispo auxiliar de San Sebastián